

CAPÍTULO VII

Asia meridional.—India.—Aislamiento de la India.—Decadencia y fin de los Mahah.—Rajahs.—Maha.—Barata: luchas entre los pandous y los kourus.—Reino de Maghada.—Influencia de la Persia: los sourajhs.—Revolucion y restablecimiento del Maharajah.—Reforma religiosa de Buddha.

Desde el undécimo al séptimo siglo antes de nuestra era, la historia de la India permanece casi en lo vago y oscuro de las épocas heroicas. El gran imperio de Ramah, cuya poesía ha sido exagerada hasta lo fabuloso, desapareció bajo la acción disolvente de un feudalismo militar, constituyendo numerosos Estados, luchando unas veces, unidas otras por los lazos de la federación, visitados también por la conquista extranjera, y de tiempo en tiempo, por fuerza ó por grado, ó bien por instinto de conservación, agrupándose en derredor de la soberanía nominal de los mahah-rajahs, reyes supremos.

El amor al reposo es el gran cuidado de los pacíficos moradores del Ganges, y la oscuridad constituye su felicidad. Tienen grande aversión al yugo de los extranjeros; jamás se amoldan á ningún vencedor; tratan de evadirse como por sorpresa de la dominación, y si no lo pueden conseguir, se resignan á pagar grandes tributos, con tal de que se les deje en su indolente independencia, en los goces de su clima y en los profundos errores de su filosofía y de su culto.

No son guerreros por instinto, tan sólo por necesidad. En este caso se dejan arrastrar por las disensiones de sus *rajahs*. Pero estas veleidades no duran más que un instante; parece que los indios no gustan de estos cambios.

Cerca de ellos pasaron los ejércitos de la Persia y debieron enriquecer con sus despojos

los tesoros del rey de los reyes del Irán. Quizás estén tocados á la arpa del gran Ramsés, si las relaciones de la Grecia no amplificaron los himnos ya fantásticos que el Egipto canta para celebrar al glorioso Sesour-Tosen.

Sea de ello lo que quiera, la India no tarda en entrar de nuevo en la esfera del Asia oriental. Relaciones habidas con la Persia y la China de tiempo en tiempo, turbaciones interiores, guerras parciales son el constitutivo de su historia, y aún tiene también muchas tinieblas y errores (1).

El asiento del imperio queda por espacio de un tiempo indefinido en la maravillosa ciudad de *Ayódhya*. Después ya no se vuelve á hablar de ella; en Canudj es necesario buscar los sesenta sucesores de Ramah, poco dignos de su gloria (2).

La familia de los Mahah-Rajahs, se extinguió probablemente hacia el año 1429, y Kesso-Rajah, á quien los puranás celebran bajo el nombre de Kourou, los reemplazó. Príncipe valiente y guerrero, logró reprimir las rebeliones, y dividió el gobierno de las provincias entre sus catorce hermanos.

Vamos á entrar en la era de las luchas intestinas de que da cuenta el «Mahah-Bharata», poema de la «gran guerra». Esta guerra estalló entre las dos líneas colaterales de la fami-

(1) Consúltese Marlés, *Historia de la India*.

(2) M. Dubois de Fancigny, *la India en el universo pintoresco*, publicada por M. Didot, pág. 262.

lia reinante, los «pandous» y los «kourus.» El premio del combate será la posesión de Hastinapura, territorio importante al Nord-Este de Delhi, que conservó su antiguo nombre. De uno y otro bando acudieron muchos jefes de diversos reinos establecidos con los restos del imperio de Ramah. Allí se observa, no sin sorpresa, sino con la satisfacción que causa un rayo de luz en el sombrío horizonte de aquellos remotos tiempos, se observa, decimos, la presencia de un cuerpo de «javanas,» de los «juni,» hijos de Javan, predecesores de los griegos, á quienes debía más tarde llevar la conquista de Alejandro sobre las márgenes del Indo.

En un principio los pandous fueron victoriosos, pero sucumbieron disipados por el mismo triunfo; desesperados por la mala suerte de sus armas y por la muerte de sus aliados, abandonaron el mundo, dice la leyenda poética, y fueron á morir de dolor sobre las nevadas cimas del Himalaya. Esta heroica desesperación ¿no es acaso más que un ingenioso disfraz de la derrota verdadera? No lo sabemos. Siempre es cierto que si más tarde se encuentran en los recuerdos de la India veintinueve y hasta sesenta descendientes de los pandous, juegan allí un papel muy insignificante y humilde; á lo más reinaban en Delhi de puro nombre.

En cambio, el Kuru, Kesso-Rajah, preocupa con la fama de sus empresas. A él parece que se remonta la fundación del reino de Maghada. Este jefe, que parece va rodeado de una multitud de príncipes y de tribus, pertenecía á la casta militar, de la que fué el héroe, y esta revolución llevó la unidad de mando á la península indostánica.

Sin embargo, la raza de los Kourus no había podido, á lo que parece, librar por completo á su país de tal suerte de dominación por lo que hacia á los poderosos monarcas del Irán, puesto caso que doscientos años después, desde el cambio de la dinastía, se vió á Ferosra, el piadoso y sábio monarca, dar tregua ó aplazar sus fundaciones religiosas, aprovechándose de las guerras de los persas contra los turanos para sustraerse á los tributos y sumisión que sobre ellos pesaban.

La Persia tomó también la revancha un siglo después. El famoso Rustem, el Hércules del Oriente, lanzó su corcel sobre las riberas del *Sind* (Hindos), echó al rey á las montañas, y puso en su lugar á Souraja, aliado suyo (1076).

Con el nombre de este príncipe se suscitan, según los Brahmanes, vergonzosos recuerdos para el país. Bajo este príncipe tuvieron lugar las degradaciones de la religión antigua de los vedas, bajo él y con él comenzó el culto de las imágenes humanas.

Todas estas quejas tienden á ocultar el golpe dado al brahmanismo por la reforma de Buddha, hacia el siglo séptimo antes de nuestra era.

Pero sea lo que quiera de esto, la dinastía de los Souraja reinó doscientos ochenta y seis años, y después de ella, Baraja se apoderó del supremo mando. Bueno y dado á la ciencia, se hace digno por los trabajos de arte y de construcción, que dejaron larga memoria. Pero su razón se debilita por los años; se hace cruel, sanguinario y es destronado por el brahman Kaidar.

Por bueno y valiente que fuera Kaidar, había dado el ejemplo de usurpación, de la cual fué él víctima. Su siervo Sinkol arma contra él á Bahar y Bengala, y se hace proclamar Rajah. La Persia había alcanzado su antiguo esplendor. Sinkol rehusa pagar el tributo y derrota á los iraníes. Pero Afrasiab, que acababa de conquistar el Irán por entero, acude presuroso á subyugar á los rebeldes. Sinkol es vencido y hecho prisionero, y Afrasiab coloca sobre el trono al hijo del prisionero, al piadoso y sábio Rohata (731). La raza de Sinkol quedó extinguida con el hijo de Rohata. Entonces, por doquier se levantan pretendientes: las guerras fueron largas é indecisas. Al fin, el jefe de la tribu de Coustua llegó á dominar sobre los rebeldes y tomó el nombre de *Maharajah* (586). Redujo á la obediencia á todos los contendientes, y su glorioso reinado fué una era de prosperidad para la India. Hizo un puerto sobre el Océano, y todos sus cuidados fueron dar impulso al comercio y á la industria.

Con su glorioso imperio terminó este período, durante el cual la India apenas pudo li-



brarse de los tributos que la impusiera la Persia, y en el cual no respiró un momento, más que para abrazar en gran parte la reforma religiosa del buddhismo. Esta reforma, que por profunda que fuera, no tuvo carácter político, pertenece exclusivamente al dominio de las aberraciones del espíritu humano. Reservaremos para otro lugar su examen.

En cuanto a su historia política, la India pa-

rece por largo tiempo relegada de las relaciones occidentales. Ciro «Kai-Khosrou» y sus sucesores, sometiéndola y exigiéndola sus ricas contribuciones, no la harán marchar más adelante en el movimiento que imprimirán al Asia Central. Se halla entregada al reposo, al sueño y á las contemplaciones bajo las sombras perfumadas y sobre las márgenes encantadoras de sus rios.



CAPÍTULO VIII

Egipto.—El Egipto al advenimiento de la décimanovena dinastía.—Principio de la dinastía de los Ramsés.—Seti I.—Sus guerras y sus conquistas.—Sus triunfos.—Pueblos conocidos de los egipcios.—Trabajos y construcciones de Seti I.—Ramsés II.—Grandes expediciones á la Nubia. Primera guerra en Asia.—Segunda guerra en Asia.—Toma de Salem y de la Palestina.—Otras expediciones.—Sumision de la Etiopía y de la Nubia.—Reformas.—Inmensas construcciones. El obelisco de Luqsor.—El Rameleon.—Estado del Egipto á la muerte de Ramsés II.—El ejército egipcio.—Los sucesores de Ramsés II.—Decadencia.—Rebelion de los impuros.—Triunfo de los impuros.—Reaccion egipcia y restablecimiento de Ramsés.—Décimanovena dinastía.—Seti y Ramsés III.—Renacimiento y decadencia.—Los últimos Ramsés.—Revolucion interior.—Poder sacerdotal.—Humillacion del Egipto. (Véase Riancey, tomo II.)

Mientras que los hijos de Israel andaban errantes por el desierto, llegó el tiempo para el Egipto de volver á adquirir, con un esplendor desconocido, el papel de conquistador.

Levántase sobre el Egipto, despues del desastre de Faraon ahogado en las aguas del Mar Rojo, la más ilustre, la más gloriosa dinastía que ha gobernado el Egipto, la dinastía de los Ramsés.

Se libró, con los Hycsos, de todo elemento extranjero á su nacionalidad, y los restos de los invasores siguieron al pueblo hebreo en su huida triunfal.

Sucedió que, despues de las grandes catástrofes, el Egipto, replegándose sobre sí mismo, reunió y como que se rejuveneció en sus fuerzas. El desórden momentáneo que habia causado la desaparicion del perseguidor Horemheb, ú Horus, y cuyos anales sacerdotales llevan un sello indeleble, cedió bien pronto para hacer lugar á la unidad (1).

(1) Hemos apuntado ya este desórden al final del último capítulo sobre el Egipto. M. Robion se impresionó de tal manera, que esta es una de las razones principales que le hicieron adoptar el fin de la la décima octava dinastía como contemporánea del Exodo (*Historia antigua de los pueblos del Oriente*), y nosotros nos hemos concretado á su opinion. Sin embargo, debemos hacer constar que M. Brugsch cree que el Faraon, primer perseguidor de los hijos de Israel, es Ramsés II. Hé aquí su manera de razonar. «Las ciudades de Ramsés y de Pithona existian ya

Desde este momento, en efecto, parece que los egipcios se constituyen, en realidad, en un sólo pueblo, llegando al apogeo de su poder. Esta obra será rápida, pero laboriosa.

Todo parecia que se reconstituia nuevamente. Gracias á las turbaciones por que el país habia pasado despues de la muerte de Horemheb, los antiguos vasallos se habian declarado libres, y habianse formado nuevas confederaciones de pueblos enemigos. Se ve desde entonces aparecer un imperio, quizás más bien una liga, de que habla la Biblia, y que desconocida hasta entonces, fué tomando más tarde una considerable importancia. Es el pueblo de

en tiempos de Seti, ó Sethos I, puesto que en ellas recibió los homenajes de los grandes del Egipto Ramsés II, que las fortificó y embelleció, haciendo en ellas su entrada solemne despues de la guerra contra los heteos. Hacia este tiempo debió nacer Moisés. Como Ramsés II reinó sesenta y seis años, como el reinado de su sucesor duró veinte años, y como Moisés tenia ochenta años en la época del Exodo, los israelitas debieron abandonar el Egipto en uno de los últimos años del reinado de Merneptali-Hotephermaa, Memphthés I, hacia el 1317 á 1321 antes de Jesucristo. Este seria el Faraon que pereció en el mar.

Queda, sin embargo, en pie la objecion tan considerable del ilustre Champollion. ¿Cómo la Biblia, que habla de varios conquistadores, no habrá hablado de los Ramsés y de Ramsés Sesustasen (Sesostris) en particular? La autoridad del gran egiptólogo nos ha decidido, no sin reservas, sin embargo, y en espera que la ciencia se pronuncie por nuevos descubrimientos.